

Jornadas sobre Trabajo de Campo e Investigación
Facultad de Filosofía y Letras - UBA

Expositora: Mónica Fernández

Volver sobre la experiencia del *Taller de Documentación de Experiencias Pedagógicas*, es para mí una aventura. Sí, porque el proceso que se fue transitando, tuvo tanto de intenso como de atrevido. Muchas son las cuestiones que se ponen en juego desde la práctica docente a la hora de “contarlo a otros” y de contárnoslo a nosotros mismos. Por eso creo que el trayecto es -y lo fue en mi caso- arduo, largo, trabajoso. Mi llegada al *Taller* fue ingenua, despreocupada si se quiere. Sin embargo, se generaron grandes transformaciones, inesperadas pero impactantes.

En mi caso, ya había transitado la experiencia de escribir y ser leída. La gran diferencia era que en esa oportunidad había sido a través de rostros imaginarios y lectores casuales. Ahora, en cambio, el *Taller* me invitaba a “contarlo” a personas que estaban ahí, presentes; eran pares, docentes comprometidas con la práctica del aula y con una expectativa de revalorizar las prácticas docentes. Eran críticos, dando lugar a una dialéctica que invitaba al diálogo.

¿Qué hice yo entonces? En un primer momento me asusté. Me costó escribir. Mis frases eran incompresibles. Eran largas y a la vez confusas. Nadie podía seguir la lectura. Quería decir todo, en medio de una fuerte puja entre la espontaneidad y la censura que habitaba mi mundo de sensaciones. Luego, con el fuerte apoyo de la coordinadora y de las compañeras del *Taller*, pude empezar a cuestionarme, pensar por qué me costaba escribir, cuáles eran las dudas sobre las que apoyaba la experiencia narrada. Pude ponerlas en palabras, pude escribirlas, y entonces sí reconocer que mi problema tenía que ver con el tomar conciencia de la magnitud, del alcance que tenía la experiencia, que abarcaba a tantos actores de la escena escolar: alumnos, directivos, pares y padres. Me asusté al ver que esto podía ser interpretado desde tantos lugares, y ser así cuestionado.

Luego de muchos días en los que miles de excusas me alejaban del relato, pude decir (presionada por el plazo de entrega estipulado) “hoy vuelvo a escribir la experiencia desde otro lugar”. Ya le pregunté y le preguntaron al texto, ya le cuestioné y lo cuestionaron, ahora voy a contar también los detalles que a mí me llevaron a decir “basta, a partir de este año, voy a negociar con las familias desde el principio del año”. Surge entonces el relato, “Antón Pirulero, Familia y Escuela atienden el mismo juego”, que habla del *Contrato Familia-Escuela*.

Mucho tuvo que ver en este proceso, mi coordinadora y las asistentes del *Taller*, quienes desde el primer día fueron por demás cordiales; pero ante todo estaban ahí, escuchando, no dejando que me dispersara y sosteniendo mis dudas y certezas. Me llamaban, enviaban mails, estaban allí de manera pragmática, y de ese modo -que debo reconocer disfruté mucho- me ayudaron. Creo oportuno comentar que como alumna de la carrera de Ciencias de la Educación, yo podía también estar en su lugar, por lo que mi sensación allí era muy peculiar. La coordinadora estaba presente de modo concreto, diciendo: “Mónica, ¿qué pasa que no estás en el relato?, ¿podrás pensar por qué decís eso?”.

Finalmente llegó el gran día (para mí lo fue) en el que pude terminar el relato, pude entender lo complejo de los procesos de formación, aludiendo a su faceta racional y a la vuelta sobre uno mismo, en un intento por comprender por qué soy docente, cuáles son mis intenciones. Por esos días conocí lo que señala Blanchard Laville al respecto y me animé entonces a pensar en la huella que deja en un docente que se detiene a pensar el día a día, el paso por un *Taller* de este tipo ya que no se trata de narrar una experiencia en la revista “Para Ti”, sino que se trata de la

OPORTUNIDAD de contarlo, para dar sentido a la tarea y al mismo tiempo descubrir quiénes somos como docentes.